Crónicas del asombro

Las habitaciones propias

MÓNICA LAVÍN

Siempre me han llamado la atención los espacios de trabajo que delatan esa batalla que se libra con la escritura —las manías, el deseo de procurarse una atmósfera que permita concentrarse, consultar fuentes, anotar, hacer gráficas, mapas de una novela— y que delatan la manera en que el escritor trabaja. Si usa silla o sillón, si tiene un escritorio antiguo o una mesa atestada. Si apila hojas, libros; si usa lápiz con punta, si prefiere el plumón; si el orden o el desorden le vienen mejor. Quizá porque cada uno inventa su espacio a su manera y como puede, y en los objetos, la disposición de los muebles, la cantidad de luz, se extiende el propio escritor. Los estudios permiten al escritor olvidar al resto de su persona: el padre o la madre, el oficinista o el profesor, el malhumorado o el fiestero (él o la, desde luego). El estudio es su santuario, su lugar para estar con la palabra, con sus personajes, sus zozobras y luminosos hallazgos. Ya Virginia Woolf había subrayado la importancia de tener una habitación propia. Uno puede tardarse en la vida para llegar a esa conquista pequeña y grande, pero cuando se logra deviene relación con las paredes, con la luz del sol que parece entrar sólo para uno, con el silencio o la elección de la música con que lo rompemos, y con el propio ritmo de trabajo, ajeno a la cotidianeidad doméstica.

Una vez tuve la oportunidad de tener un estudio pasajero durante una residencia literaria en Banff, Canadá. De los ocho estudios que hay allí para escritores, músicos y pintores, a mí me tocó aquel que en el catálogo me parecía el más inapropiado: un barco pesquero. Habían llevado a Elsie, que era el nombre de la embarcación, por entre los caminos de la montaña y lo habían asentado en un claro. Yo escribía en la cabina y salía a cubierta para contemplar el bosque como paisaje. Poco a poco fui disfrutando ese espacio recogido para la escritura, porque afortunadamente basta una mesa, la computadora, los lápices, un poco

de música, una silla cómoda y café para trabajar.

Estrenar de nuevo una habitación propia me lleva a un libro que he recorrido muchas veces, *Writers in residence*, donde Glynne Robinson reúne las fotos y comentarios de las casas y espacios de trabajo de escritores estadounidenses. Así se puede entrar al estudio que William Faulkner se construyó en la parte trasera de Rowan Oak, casa que él habilitó en Oxford, Mississippi, el poblado en el cual se basaría para hacer el croquis del mítico Yoknapatawpha de sus novelas. En ese estudio conviven dos escritorios, una cama de día, como dice la autora, la chimenea y, lo más interesante, escrito en el muro, un esquema de su novela *La fábula*. Flannery O'Connor, autora de cuentos entrañables, condenada por el lupus volvió —para pasar los últimos doce años de su vida— al rancho Andalusia, en Georgia, donde su madre le había acondicionado en el sótano un cuarto con sus libros y un escritorio alejado de la ventana donde los pavorreales que pintaba podían distraerla. Melville escribió *Moby Dick* en Arrowhead, su granja en Pittsfield, Massachussets, donde se había habilitado un estudio mirando a las montañas, en el segundo piso. Decía que el campo cubierto de nieve le daba la sensación de mar. Nathaniel Hawthorne vivía en un poblado cercano, Lenox, y solían caminar en el verano y conversar en el invierno frente a la chimenea. El estudio de Ray Bradbury se parece a su reunión de cuentos *El hombre ilustrado*: no hay un rincón vacío, entre fotos, objetos, carteles y bicicletas, un conjunto ecléctico que parecería poco pacífico y que nos remite a la ciudad donde se localiza: Los Ángeles. Henry Miller también vivió en esta ciudad después de sus años en Big Sur; el estudio para pintar —a lo cual también se dedicó gozosamente— ocupaba un gran espacio; en cambio, para escribir usaba el escritorio de su recámara rodeado de fotos de seres queridos. Su pareja, Anaïs Nin, vivió en una casa de elegante y lineal arquitectura; en su estudio en la planta alta resaltan dos ventanas esquinadas que miran al jardín. Los papeles ordenados en pequeñas repisas me recuerdan la manera en que Darwin ordenaba sus papeles (alguna vez vi una fotografía de su lugar de trabajo). Especies de periqueras que permiten, como en la oficina de correos o en las papelerías, clasificar asuntos o tipos de papeles. A un escritor esto le puede resultar muy útil; a pesar de que los archivos existan ahora en versión electrónica, la presencia del papel, del impreso para revisar y corregir, resulta insustituible para la mayoría. Hemingway escribía de pie frente a un atril. ¿Aguantaba escribir así en el estudio de su casa, en la Finca Vigía de La Habana, de las siete a las once de la mañana? Antes de ser famoso, los hoteles le proveían del espacio de intimidad y atmósfera impersonal que alejaba toda distracción. Así le sucedió en Madrid, cuando de un tirón escribió tres de sus grandes cuentos (lo mejor de Hemingway, los cuentos y la crónica), o en sus épocas del Hotel Ambos Mundos. La escritora española Carmen Martín Gaite hizo de la mesa de la cocina su escritorio, durante varios años; la brasileña Clarice Lispector no necesitó un estudio pues prefería que sus hijos la vieran escribiendo, no que la escritura la alejara de ellos. Margaret Atwood tiene un estudio contiguo a su casa en Ottawa, al que nadie tiene acceso. Acostumbra no aceptar compromisos la mitad del año que ocupa en la escritura concentrada. Su marido, el escritor Graeme Gibson, le cuida las espaldas mientras ella se recluye en esa habitación propia. Algunos privilegian los espacios públicos como habitaciones propias: Barry Callaghan, hijo de uno de los pilares de las letras anglófonas canadienses, Morley Callaghan, escribe en el hipódromo, entre carrera y carrera. Escribe a mano y después transcribe. Una vez me topé con una foto de Philip Roth en su estudio, en la parte alta de la casa donde vive en Connecticut. Todo era madera y ventanas que transparentaban los pinares, grandes mesas llenas de libros, un lugar parecido a sus novelas de prosa abultada, de imparable brío, de enorme fluidez y detallada descripción. Recuerdo haber respirado como si comprobara que solamente en un lugar así se podía producir una obra como la de Roth: apartado del mundo, encausado a la concentración entre la belleza del entorno.

Haría falta un libro que diera cuenta de los espacios de trabajo de los escritores mexicanos: del enorme cuarto de impecable limpieza lleno de objetos entrañables de Laco Zepeda en la Condesa; del minúsculo rincón que se fabricó David Martín del Campo en el vestidor de su casa; del generoso espacio de discreta luz donde escribe Myriam Moscona; del silencioso departamento donde Verónica Murguía se aparta del mundo, entre infusiones de frutas, libros, dibujos y citas de sus autores admirados, por sólo mencionar algunos de los muchos que nos revelarían formas de aislarse, ordenarse y perderse en la batalla de la página en blanco. ~